
Asunción de María

Desde el siglo VI-VII la Iglesia occidental celebra el 15 de agosto la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos. El origen de esta fiesta sitúa en Oriente en el siglo V, donde ese día era celebrado el aniversario de la dedicación del santuario mariano de Katisma (entre Jerusalén y Belén), pasando poco después a conmemorar la dormición de santa María. Esta fe del pueblo recogida en la liturgia recibió el 1 de noviembre de 1950 un respaldo dogmático cuando el papa Pío XII proclamó el dogma de la Asunción en estos términos: “La Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial” (Constitución apostólica *Munificentissimus Deus*: DH 3903).

Los tres misterios de la vida de la Virgen María que guardan una estrecha relación con su Hijo son celebrados en la liturgia con el máximo grado (solemnidad): la Inmaculada Concepción (8 de diciembre), cuyo fin era para preparar una digna morada al redentor, la Maternidad Divina (1 de enero), que nos recuerda que Jesucristo era verdadero Dios y verdadero hombre, y finalmente la Asunción (15 de agosto), que manifiesta la estrecha relación de María con la obra redentora de su Hijo. Dentro de las cuales esta última es la más importante pues tiene textos bíblicos y eucológicos diferentes para la misa de vigilia y, de alguna manera, una octava: la memoria de Santa María Reina (22 de agosto).

Como hemos dicho, la liturgia nos ofrece por duplicado los textos litúrgicos: unas lecturas y oraciones para la vigilia y otras diferentes para la misa del día. Conviene recordar que la finalidad de la vigilia es preparar la fiesta. Por ello, sólo deberían emplearse con aquellas comunidades que también participarán en la misa del día. No son por tanto textos alternativos, sino textos que complementan la liturgia del día ahondando en su celebración. No sería por ello correcto que los fieles escuchasen los textos “secundarios” y se quedasen sin recibir el contenido de los textos “principales”.

*** GLORIFICACIÓN DE MARÍA**

San Pablo, en la segunda lectura, nos recuerda que Cristo a todos los suyos ha hecho partícipes de su resurrección. Pero esto no acontecerá hasta el final de los tiempos. No obstante, María ha recibido este “premio final” de modo anticipado.

Alguien podría pensar que el contenido de esta fiesta es la resurrección de la Virgen. De alguna manera sí, sin embargo esta expresión no es correcta, ya que para poder resucitar es necesario morir y expresamente se evitó esta afirmación

en la formulación dogmática: “cumplido el curso de su vida terrestre”. Por ello lo apropiado es decir que celebramos la glorificación de María en cuerpo y alma, su participación total en la resurrección de su Hijo. Ella es la primera salvada plenamente por la Pascua de Jesucristo. Y de momento la única, ya que, según afirma la Iglesia, los santos también son partícipes de la gloria divina pero sólo en alma, el cuerpo espera a la resurrección final.

La causa por la que María ha recibido anticipadamente la participación en la resurrección de Cristo es haber sido la Madre de Dios, tal y como recoge el prefacio: “no quisiste que conociera la corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro”.

De este modo, al ser la Madre de Dios, María ha permitido que el Hijo de Dios se encarnara y naciera llevando a plenitud la obra de la redención, tal y como expresa de modo metafórico la primera lectura, tomada del libro del Apocalipsis. En ella María es presentada como una nueva Eva que repara el pecado cometido por ésta. Por Eva y su deseo de ser semejante a Dios al comer del fruto prohibido entró el pecado en el mundo; por María y su humillación (tan bellamente recogido en el texto del *Magnificat* que leemos en el evangelio de hoy), contraria a la exaltación que buscaba Eva, y gracias a un fruto muy diferente, el de sus entrañas, se establece “la salud y el poderío y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo” (primera lectura).

* FIGURA Y PRIMICIA PARA LOS CREYENTES

Todos nosotros esperamos, como María, ser un día glorificados, esperamos, como ella, resucitar un día y vivir para siempre junto a Dios. Así lo pedimos en la oración colecta: “lleguemos a participar con ella de su misma gloria en el cielo”; y también en la oración después de la comunión: “lleguemos a la gloria de la resurrección”. María es, por tanto, figura y primicia para nosotros los creyentes. Así lo afirma el prefacio: “Ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada”.

* LA EUCARISTÍA, *PIGNUS FUTURAE GLORIAE*

Cada vez que participamos de la eucaristía recibimos la semilla de la inmortalidad que dará su fruto al final de los tiempos tal y como prometió Jesús: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día” (Jn 6, 54). Por tanto, al comulgar debemos ser conscientes de que la vida gloriosa que Cristo nos prometió y que María ya disfruta, invade nuestra vida.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI